

Eco insigne del Judaísmo

El Judaísmo oficial no se ha hecho nunca eco de Jesucristo, únicamente algunas alusiones anónimas o veladas. Escritos no oficiales como el *Midrashim*, contienen una serie de patrañas y calumnias sobre El, que, en realidad, lo ensalzan más que un encomio en forma.

No dejó con todo, la Providencia de hacer surgir de enmedio del Judaísmo un historiador de familia sacerdotal, de singulares dotes de actividad e inteligencia, provisto de la máxima cultura que entonces podía alcanzarse y que vivió poco después de la muerte y resurrección de Jesús (a. 37-101), para que diese de El un testimonio, serio, conciso, verídico, que fuera un monumento perenne, para judíos y no judíos, de la verdad de lo que de Jesús enseña la fe cristiana y un como eco del Evangelio.

Ese testimonio, denominado por los historiadores: *Testimonium Flavianum* es el que da Flavio Josefo, en su obra: *Antiquitates Judaicae*, l. XVIII, c. III. Flavio escribió en arameo, pero dicho texto no se ha conservado; con todo él mismo fue el autor de la versión griega que poseemos.

¿Creía Flavio Josefo en la divinidad de Jesucristo? Orígenes opina que no (Migne, MG t. XI, col. 747); la crítica judaica actual, admite la posibilidad de que sí (*The Universal Jewish Encyclopedia*, New York, vol. 6, p. 200) y la *Civiltà Cattolica* se inclina a suponer que lo introdujo en su historia porque cedía en «valoración» del pueblo judío (N.º de 26 de septiembre de 1956, p. 70).

Sea como fuere, él da cuenta, al empezar su obra, de cuatro motivos que pueden mover al historiador y hace suyos los dos últimos: poner en su punto lo que en los sucesos él intervino y poner también en claro las cosas ocultas para que sean utilizables. Por lo demás, Orígenes que conocía bien la mentalidad judía, admite que Flavio, no creyendo en Jesús, diga la verdad sobre El.

Daremos primero el texto de la perícopa del *Testimonium* e información sobre otras dos que trae, favorables al Cristianismo. Trataremos en segundo lugar, de su autenticidad y, por fin, de nuestra aportación, hasta aquí no tratada, que sepamos.

Textos: Reproducimos el del *Testimonium*, tomándolo de la edición de Guillermo Dindorf, *Flavii Josephi Opera*, París, Fermín Didot, 1865, t. I, p. 690:

3. *Eo tempore fuit Jesus, vir sapiens, si tamen eum appellare virum fas est. Fuit enim mirabilium operum effector, magister hominum qui verum cum voluptate accipiunt, multosque Judaeos, multos item gentiles ad se pellexit. Hic erat Christus. Quem quum Pilatus, ab hominum nostrorum primis delatum, crucis supplicio addixisset, eum tamen amore non desierunt qui primum amaverant. Apparuit enim eis tertio die redivivus, divinis vatibus haec et similia de eo miranda effatis. Atque ab eo denominata Christianorum natio durat usque ad hunc diem.*

(«3. En este tiempo también vivió Jesús, hombre sabio, si es que que puede llamársele hombre. Fue hacedor de cosas maravillosas, maestro de hombres que se complacen en la verdad y a muchos judíos y asimismo gentiles los atrajo a sí. Este era el Cristo. El cual como algunos de los primates de nuestros hombres lo delatasen a Pilatos, éste lo entregó al suplicio de la cruz, mas no dejaron de amarle los que al principio le habían amado. Aparecióse vuelto a la vida al tercer día; habiendo sido predichas por los vates divinos todas estas cosas admirables y otras semejantes. Y dura hasta el presente la multitud de los que de él se denominan cristianos.»)

Texto, como se ve, en el que apenas puede decirse más en menos palabras, y, en su brevedad, completo. Que trae a la memoria aquellos pasajes evangélicos: *Et divulgatum est verbum istud apud Judaeos, usque ad hodiernam diem* (Mt XXVIII, 15) y *Tu solus peregrinus es in Jerusalem, et non cognovisti quae facta sunt in illa his diebus?* (Io XXIV, 18).

La segunda perícopa hállase en Dindorf, l. c., t. I, p. 765 y en el original, l. XXVIII, c. V, es bastante más larga que la anterior y trata del ascetismo de San Juan Bautista, *cognomento Baptista*, dice, y refiere el éxito de su predicación, al cual por celos de su influjo sobre el pueblo, hizo ejecutar Herodes Antipas, en Macheronte; e imputa a este crimen la derrota del ejército de Herodes, según la persuasión que tenían los judíos.

La tercera perícopa, en el mismo t. I, p. 786 (original, l. XX, c. IX), trata de la lapidación de Santiago el Menor: *inductoque in iudicium*

fratre Jesu qui dicitur Christus (Jacobus ei nomen), por Anás, hijo del otro Anás, el que se mofó de Cristo, del que dice Flavio que *erat ferus ingenio et insigniter audax* y detentaba entonces el pontificado, recibido por malas artes antes de Herodes ¹.

Autenticidad de la perícopa: Durante quince siglos se la recibió indiscutida; la incluyó Eusebio Cesariense (a. 267-340) en su *Historia Ecclesiastica* (l. I, c. II); la recibieron, con loa, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Ambrosio y San Gregorio de Tours. Solamente en el siglo XVI, empezaron a ponerse dudas. ¿Con qué motivo? Con ninguno; solamente por lo estupendo del caso: que un judío de la talla de Flavio Josefo, diera una cuenta tan asombrosa de la mesianidad de Jesús, les pareció inconcebible. Todas las dificultades son de carácter interno; p. e., que el estilo de la perícopa es laudatorio, no narrativo. Así lo afirma Benedicto Niese en su *Encyclopedia of Religion and Ethics*, p. 587. Lo cual no pasó inadvertido a la *Jewish Encyclopedia* (l. c.), diciendo que eso lo decía un cristiano. Ellos, con más prudencia, dan normas de qué debería decirse, caso de demostrarse la genuinidad de la perícopa. Su estilo es el mismo de toda la obra, llena de incisos. Si resulta laudatorio, es porque la cosa allí narrada es sublime, y, en cambio, se tiene que devorar, de no admitir la autenticidad, el absurdo de hallarse exactamente lo mismo en todos los códices conocidos, de una obra que alcanzó gran difusión; pues como el mismo Flavio Josefo describe en su Apología y lo trae también Suetonio, alcanzó del emperador Vespasiano una asignación para publicar sus obras y pagar a los escribanos, con cargo a las incautaciones de Jerusalén, de modo que tenía lo que llamaríamos ahora una verdadera editorial; la cual difusión se confirma con lo que diremos en el apartado siguiente.

Ahora bien, si la perícopa no es auténtica, se debió, como quieren sus impugnadores, a una interpolación de los cristianos. ¿Serían éstos capaces de interpolar todos los códices, aun los de regiones las más distantes, sin que se les escapara ni uno y eso en tiempo de persecución?

¹ No es posible comprender cómo diga Dom Leclercq (*Dict. d'Archéologie Chrétienne*, t. VII, 2me. partie, col. 2675), que Orígenes se extraña (*s'étonne*) de que el historiador judío dé tanta importancia al suplicio de Santiago el Menor, siendo así que no creía que Jesús fuese el Cristo; cuando lo que dice Orígenes (Migne MG t. XI, p. 747) es que eso lo dice Flavio *quasi invitus*, i. e., forzado por la evidencia y que aún debía haber dicho más: *rationi magis consentaneum dicere id accidisse* (la eversión de Jerusalén) *propter Jesum qui Christus est... Non dicit quod dicere debuit in causa fuisse insidias quas Jesu struxerant mortemque quam Christo a prophetis promisso intulerunt.*

Otro de los argumentos de los adversarios, es el silencio de Orígenes, argumento negativo, siempre de poco valor y en este caso, nulo: Orígenes pudo reproducir la perícopa, pero no debió. Reproduce las otras dos, en una obra de controversia, *Contra Celsum*, hereje, que negaba la sobrenaturalidad del bautismo y le hace al caso el citar la perícopa sobre San Juan Bautista, reconociendo que Flavio Josefo está en lo justo en sus alabanzas al santo precursor. Y, en seguida, por asociación de ideas, trae la tercera perícopa; pero esta vez, increpa al autor y dice que a pesar de no creer en Cristo, debía haber declarado la verdad, a saber: que la eversión de Jerusalén que reconoce Flavio como castigo de Dios por el crimen de quitar la vida a un varón tan justo como Santiago, fue debida, en realidad, a la muerte ignominiosa que dieron los judíos a Jesús (Migne MG I. c.).

En lo cual, salta a la vista, que Orígenes, no tenía por qué citar la perícopa del *Testimonium*, estaba muy conforme y no tenía nada que objetar a la misma.

Y eso mismo demuestra que dicho testimonio no faltaba en el código de Orígenes, como ha querido suponerse. ¡Iba a faltar precisamente en el código de Orígenes y estar en todos los otros!

Pero, es más, consta positivamente, que estaba y la razón es clara: en la perícopa de Santiago dice Flavio Josefo, según el texto de Orígenes: *inductoque in iudicium fratre Jesu qui dicitur Christus (jacobus ei nomen)*. De modo, que ilustra la persona de Santiago aduciendo la de Jesús. Y ¿no tenía que habernos dicho para nada quién era Jesús? No era tan chapucero Flavio Josefo. Las tres perícopas se hallan en su obra escalonadas: la 1.^a, la del *Testimonium*, en el l. XVIII, c. III; la 2.^a, la de San Juan Bautista, en el l. XVIII, c. V y la 3.^a, la de Santiago, en el l. XX, c. IX. Y es de notar que la 2.^a y la 3.^a son admitidas como auténticas por la crítica moderna.

Cuanto a la 1.^a, hay el grupo francés que niega su autenticidad; compónenlo Mgr. Battifol, el P. Lagrange², y Dom Leclercq. Admiten la autenticidad F. C. Burkitt, de Oxford y W. Emery Barnes, de Cambridge. Cuanto a Adolfo von Harnack, de Berlín, en 1893, la ponía en duda (*Geschichte der Altchristliche Literatur*, t. I, p. 859). Veinte años más tarde, en 1913, admitía «su autenticidad, con alto grado de probabilidad», en la revista «Internationale Zeitschrift für Wissenschaft, Kunst und Kritik»³.

² Este llega a presentar con todos los pelos y señales un facsímil del texto no interpolado hallado por él a fuerza de deducciones.

³ Claro está que ese circunloquio empleado por Harnack, aunque rinde

Nuestra aportación: Durante varios años consecutivos, tuvimos que manejar bastante los volúmenes de *Acta Sanctorum*, lo cual ha influido para que diéramos ahora con unas actas griegas de los mártires de Dalmacia: Donato, obispo de Salona; Macario, presbítero y Teodoro, diácono. Son notables, las descubrió el P. Daniel Cardon, S. I. en un códice de la Biblioteca Médicis, de Florencia (V. SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la C. de J.*, t. II, p. 742) nacido en 1644, † 1678, malogrado bolandista dotado de gran erudición. Las publicó, ya muerto dicho P., el bolandista P. Godofredo Henschen, S. I., en *AS majus*, t. V, pp. 144-151, el cual, al acabar su comentario, da así su criterio sobre su autenticidad: *fidem habemus plenam de hisce martyribus*.

En el año segundo (a. 304) de la persecución de Diocleciano, éste cayó gravemente enfermo en Ravena, donde había ido para la nueva investidura del consulado; y a fin de restablecerse pasó en verano a la Dalmacia, su patria y en Salona, donde se había reunido con Maximiano para invocar la protección de Júpiter Hercúleo, fue denunciado Donato por el mismo oráculo y hallado, y detenido con sus compañeros.

Diocleciano hizo comparecer a los tres en su presencia y aunque Donato era persona muy culta, fue Macario, de palabra más expedita y también muy erudito, el que tuvo la alocución al emperador. En ella, le expuso lo razonable y verdadero de nuestra fe, citándole íntegra la perícopa de Flavio Josefo, premisas estas palabras: *Josephus Sacerdos Hierosolymitanus, quique historiam judaeorum integra fide ad posteros tradidit, Christum verum Deum fuisse testatur, cui rei certissimum testimonium hoc habemus*.

De donde se infiere la independencia de este texto de la perícopa, respecto del de la Historia Eclesiástica de Eusebio Cesariense, porque era para estos mártires ya conocido y familiar, no lo habían improvisado entonces, y, por otra parte, Eusebio debió incluirlo en su Historia Eclesiástica, en la época de su plena actuación científica: unos diez o quince años antes de su muerte, ocurrida el a. 340, lo cual supone un lapso de treinta años, por lo menos, de anterioridad de las actas respecto de la *Historia Ecclesiastica* de Eusebio.

El aducir los dichos mártires el *Testimonium Flavianum* tenía que producir un doble efecto: el uno, que sin duda les favorecía, pues

honor a la verdad, no es más que un modo de quedar bien. Si primero dijo que era dudosa, no le estaba bien decir veinte años después, que era del todo evidente.

Daciano no podía dejar de prestar atención a la cita de un autor que llevaba el nombre de los emperadores Vespasiano y Tito, su hijo, pertenecientes a la *gens Flavia*. El otro, el de hacer subir de punto la garantía de la autenticidad, al atreverse a aducir ante el emperador el texto de un autor notorio y por tanto fácil de ser comprobada cualquier inexactitud. Y, salvo ligeras variantes, coinciden en el texto griego, las actas y Dindorf (*l. c.*).

Los tres gloriosos mártires sufrieron un horrible martirio en Pothmuje, a pesar de su clara y sazónada exposición.

JOSÉ MÚNERA, S. I.